

## A PROPÓSITO DE CÍO UNA PALABRA ESPAÑOLA OLVIDADA POR LOS DICCIONARIOS

**A** partir de una anécdota en apariencia banal, el autor emprende un trabajo exhaustivo de investigación que lo conduce a indagar sobre la palabra *cío* (“Cuenco o tazoncito de porcelana, vidrio o metal, lleno de agua perfumada (...) sirve para enjuagarse los dedos cuando se ha cogido con ellos ciertos alimentos”). Rastrea el origen de tal palabra en diferentes diccionarios: etimología y ascendencia.

Su conclusión, como debe de ser, más que una certeza, deja abierto el camino para futuras incursiones en el rescate de palabras que han caído en el olvido, no hacerlo nos conducirá a perder nuestra memoria.

**L**a primera vez que escuché la palabra *cío* no me atreví a confesar mi ignorancia y hacer la pregunta que tantas veces he oído después cuando yo o alguien más la saca a colación: “¿qué es un *cío*?” Por fortuna, en aquella ocasión no estaba solo, y mi acompañante no tuvo empacho en confesar que no sabía lo que era un *cío*.

Un *cío* —se le explicó casi con desdén— es un cuenco o tazoncito de porcelana, vidrio o metal, lleno de agua perfumada, por lo general con una rodaja de limón, sirve para enjuagarse los dedos cuando se han cogido con ellos ciertos alimentos, y evitar así que el comensal abandone la mesa para buscar el lavamanos más próximo.

Entonces recordé que esos utensilios no me eran desconocidos, pues ya los había visto y usado antes, pero no recordaba el haber reflexionado mayormente o en absoluto acerca de cómo se llamarían. Sin embargo, a partir de aquel día surgió mi interés no tanto por los “*cíos*” en cuanto tales, sino por saber algo más



sobre la palabra *cío* que nunca antes había oído. De inmediato me lancé a buscarla en cuanto diccionario de español tuve a la mano, comenzando, desde luego, por el de la Academia, pasando por el de Corominas y Pascual.

Sospechaba —desde luego sin ningún fundamento— que debía escribirse con *c*, de manera que comencé buscándola bajo esta letra. Al no encontrarla en el lugar donde debería estar, ni tampoco en los suplementos, probé entonces otras grafías posibles, comenzando con *s* (*sío*), luego con *z* (*zío*); llegando incluso a cambiar la *i* por *y* (*cyo*, *syo*, *zyo*) en mi desesperado intento por encontrarla con alguna de estas grafías que de antemano sabía que eran imposibles en la actual ortografía de nuestra lengua. Nada, y al no obtener ningún resultado positivo, abandoné la búsqueda aún más intrigado.

Tiempo después, estudiando unos pasajes de *De Lingua Latina* de Varrón, me encontré con una palabra que de inmediato relacioné con aquella que meses antes había sido objeto de infructuosa pesquisa de mi parte.

En efecto, el gramático latino cita, en el Libro V, párrafo 124, el grecismo *cyathus* en el contexto que aquí transcribo:

*Qui uinum dabant ut minutatim fundent, a guttis guttum appellarunt; qui sumebant minutatim, a sumendo simpulum nominarunt. In huiusce locum in conuiuio e Graecia successit epichysis et cyathus; in sacrificiis remansit guttus et simpulum.<sup>1</sup>*

Varrón lamenta que en los banquetes de su tiempo se emplearan voces griegas en lugar de latinas para designar ciertos utensilios que habitualmente se usaban en esas ocasiones. A mí, por el contrario, me alegró encontrar en ese pasaje al grecismo *cyathus* pues me recordaba —quizás más fonética que semánticamente— a *cío*, que no había encontrado en los modernos diccionarios de español. Me dirigí entonces a los diccionarios latinos que tenía al alcance

<sup>1</sup> Cito la edición crítica de Jean Collart, *Varron De Lingua Latina Livre V*, Paris, Les belles lettres, 1945, pp. 82-83.

para buscar ahora a este *cyathus*, y aparecía en todos ellos. En el de Gaffiot,<sup>2</sup> por ejemplo, leí:

*Cyathus, i, m. (kyathos), cyathe, coupe, gobelet; servant a) à boire...; b) à puiser le vin dans le cratère pour remplir les coupes...; c) mesure pour les liquides ou quelquefois les solides...*

De la anterior definición aprendí varias cosas; entre otras, que en francés existe la palabra *cyathe*, continuadora seguramente de *cyathus* (más adelante mencionaré que en español descubrí otra que igualmente proviene de la latina).

En el diccionario de Ernout y Meillet,<sup>3</sup> a pesar de que la definición de *cyathus* es más limitada que la de Gaffiot, se incluyen sin embargo otros datos de gran interés:

*Cyathus, ... coupe, vase à boire. Emprunt ancien (PLT) au grec kyathos de caractère populaire. On trouve à basse époque les graphies quiahtus, cuatus, quattus, dont dérive sans doute cattia, attesté dans les gloses, [...] et demeuré dans les langues romanes; cf. M(eyer) L(übke), 2434, et cyathina, 2433 [...].*

Dos de las varias cuestiones tratadas es ese breve artículo del Ernout-Meillet me parecieron en ese momento las de mayor interés, a saber: el carácter popular de *cyathus* en latín, y la persistencia de dicha palabra en las lenguas romances mediante uno de sus derivados: *cattia*. Procedí en seguida a consultar los artículos de Meyer-Lübke<sup>4</sup> que indicaban Ernout y Meillet. Aunque ninguno de los derivados romances de *cyathina* (2433) y de *cyathus* (2434) dieron como resultado —ni en español ni en otro dialecto romance— algo parecido a la forma *cío*, fue muy alentador para mí encontrarme con la noticia de que *cattia* —variante antigua de *cyathus*— dio en nuestra lengua la palabra *cazo*.<sup>5</sup> Es evi-

<sup>2</sup> F. Gaffiot, *Dictionnaire illustré latin-français*, Paris, Hachette, 1967.

<sup>3</sup> A. Ernout y A. Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue latine*, Paris, Klincksieck, 1979.

<sup>4</sup> W. Meyer-Lübke, *Romanisches etymologisches Wörterbuch*, Heidelberg, Karl Winters Universitäts-, 1935.

<sup>5</sup> *Id.*, 2434, 2.



dente que las formas *cazo* y *cío* no se semejan ni fonética ni semánticamente; sin embargo, en el diccionario de Corominas y Pascual encontré una variante dialectal de *cazo* que se aproxima mucho a *cío*, a saber, el asturiano *caciu*<sup>6</sup> (lit. "cacillo"). El parecido entre *cío* y *caciu* es sobre todo fonético, pero podría ser incluso semántico. En efecto, de *caciu* se han registrado dos acepciones, no del todo alejadas la una de la otra: 1. "cacharro" (Vigón), 2. "vasija de vidrio o de barro" (Rato). ¿Podría ser esta voz asturiana el origen de *cío*? Más adelante volveré a considerar esta posibilidad, pero antes quiero mencionar otras.

No recuerdo en qué lugar me topé otro día con la palabra latina *scyphus*, la cual, al igual que la primera vez que encontré *cyathus*, me evocó de inmediato a *cío*.

*Scyphus*, en latín, es también un préstamo del griego (*skyphos*), y significa, según los diccionarios latinos (Gaffiot, Ernout-Meillet, etcétera), "vaso para beber, copa", significados casi idénticos a los de *cyathus*.

De *scyphus* también hubo derivados romances (cf. Meyer-Lübke, *REW* 7760), pero ninguno de ellos se ha registrado en territorio iberorromance, por lo que se podría descartar desde ahora la posibilidad de que *cío* fuera continuador ininterrumpido de *scyphus*. Hubiera sido tarea más o menos sencilla, en efecto, reconstruir el desarrollo fonético de latín *scyphus* a español *cío*, de la siguiente manera: *scyphu*->*cifo*>*civo*>*cío* (suponiendo, para los fines de esta hipótesis, que la consonante fricativa sonora, resultado hispanorromance de *f* latina intervocálica, se hubiera perdido por alguna razón antes de pasar a fricativa bilabial (*b*), como es por lo regular el caso); o bien de esta otra manera: *scyphu*->*cifo*>*ci(h)o*>*cío* (suponiendo que la "aversión" hispánica por determinadas *efes* latinas se hubiera propagado hasta esta *f* intervocálica, contexto en el que generalmente no se eliminan).

Por otra parte, habría que considerar además un cambio —o, en última instancia, una ampliación— del significa-



do, de *scyphus*; "vaso para beber, copa", a *cío* "cuenco, tazón, especie de aguamanil", fenómeno que como sabemos ocurre con frecuencia.

Ahora bien, insatisfecho de los resultados que hasta ese momento había obtenido en mi empeño de descubrir la etimología de *cío*, pero aún aferrado a la idea de que el latín *cyathus* pudiera ser la clave de este asunto, procedí entonces a investigar algunos de sus equivalentes franceses, italianos y españoles. En francés, por ejemplo, se dan, como ya señalé, los siguientes: *cyathe*, *coupe*, *gobelet*. Esta última palabra llamó primero mi atención pues sabía, por experiencia, que un *gobelet* además de corresponder a nuestro "cubilete", es un pequeño cuenco, un tazoncito en el que se sirven ciertos alimentos, principalmente postres líquidos. Curioso por saber cuál sería el equivalente o los equivalentes de *gobelet* en italiano, consulté un antiguo diccionario francés-italiano que poseo,<sup>7</sup> y me encontré con la siguiente definición, seguida de sus equivalentes italianos: "GOBELET, s.m. *Vase rond, sans anse, & ordinairement sans pied, moins large & plus haut qu'une tasse. Ciotola; bicchiere; gotto; tazza* [...]". Fue desde luego el primero de los equivalentes italianos de *gobelet* el que más sorpresa me causó encontrar a pesar de que sabía que en italiano la secuencia gráfica *cio* corresponde a la que en español escribimos *cho*, de manera que había que leer "chótola" y no "siótola". Sin embargo, inevitablemente me plateé la cuestión de una posible relación *ciotola* - *cío*, pues no faltaban razones para ello. En primer lugar —aunque corro el riesgo de que se me acuse de "ver moros con tranchete"— está la posibilidad de que a alguien se le hubiera ocurrido forjar una palabra española mediante el aprovechamiento de una parte de la palabra italiana (leyéndola o pronunciándola claro está "a la española"), con el fin de crear un nombre específico para un utensilio que antes carecía de él.

En segundo lugar —y esto refuerza de alguna manera la idea anterior— exis-

<sup>6</sup> J. Corominas y J. A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 1980, s.v. CAZO.

<sup>7</sup> François D'Alberti de Villeneuve, *Nouveau dictionnaire françois-italien*, Bassano, 1777.



te la posibilidad de una relación semántica entre ambas palabras.

En efecto, según pude comprobar en el *Diccionario italiano-español y español-italiano* de E. Martínez Amador,<sup>8</sup> los equivalentes españoles de *ciotola* pueden ser los siguientes: *cubilete, gamella, cuenca, tazón, escudilla, hortera y dornajo*; y un *cío*, en cuanto objeto, ¿no es algo muy similar a una cuenca o cuenco, a un tazón, a una escudilla o incluso a una gamella?

Ahora bien, respecto a la palabra italiana ignoro hasta el momento dos cosas; la primera, el hecho de si *le ciotole* se emplean en Italia habitual o eventualmente para un uso similar al que desempeña el trastequito que aquí llamamos *cío*; si así fuera, entonces no cabría duda de la relación entre ambas palabras (aunque dicha relación no provenga forzosamente de una situación como la que poco antes propuse). La segunda se refiere a que desconozco el origen de la palabra italiana, aunque por su aspecto material, así como en parte por su

contenido, bien podría estar relacionada con *cyathus*, o más concretamente con un diminutivo de ésta del tipo \**cyathulus* (o algo parecido), cosa que no me atrevo de ninguna manera a afirmar categóricamente (*ciotola* no figura entre los derivados de *cyathus* y de *cyathina* citados por Meyer-Lübke en el *REW*).

Pero regresemos a *cyathus* y veamos ahora cuáles son algunos de sus equivalentes españoles.

En el *Diccionario manual latino-español/español-latino* de A. Blanquez Fraile<sup>9</sup> encontré: "...*ciato, copa, cubilete, taza, vaso*". Confieso que me sorprendió el hecho de descubrir que, como en francés, también en español había una palabra continuadora —supuestamente— del latín *cyathus*.<sup>10</sup> En el diccionario de la Academia, bajo *ciato*, leí: "(Del lat. *cyathus*, *copa*) m. arqueol. *Vaso usado por los romanos para trasegar los líquidos*". En el de María Moliner la definición de *ciato* es muy cercana a la académica: "(arqueología).

\*Vasija usada por los romanos para trasegar líquidos". *Ciato* no figura en el diccionario de Corominas y Pascual, pero sí aparece en el de Barcia,<sup>11</sup> para quien es voz anticuada. Ahora bien, *ciato* no está incluida en el diccionario de Covarrubias ni en el de *Autoridades* (1726-1737), ni tampoco en el *Vocabulario de romance en latín* (1495), de Nebrija, lo cual puede ser indicio seguro de que dicha palabra no ingresó en el idioma por la vía normal sino por otros caminos, como ha sucedido con muchos otros cultismos. Una posible vía de acceso de este latinismo al español pudo haber sido, por ejemplo, el francés, ya que en esta lengua se documenta por primera vez la forma *ciate* en el siglo XV,<sup>12</sup> palabra que, con ropaje latinizante (*cyathe*) es admitida por la

<sup>8</sup> Barcelona, Sopena, 1957.



<sup>9</sup> Barcelona, Sopena, 1969.

<sup>10</sup> Y también en italiano, pues F. D'Alberti de Villeneuve, *op. cit.*, traduce el francés *cyathe* por italiano *ciato*.

<sup>11</sup> Roque Barcia, *Primer diccionario general etimológico de la lengua española*, Madrid, 1881-1883.

<sup>12</sup> Vid. A. Hatzfeld et al., *Dictionnaire général de la langue française*, Paris, Delagrave, 1890-1900.





Academia francesa en 1762.<sup>13</sup> Por consiguiente, todo esto parece invadir por completo la posibilidad de que *cío* sea el resultado directo y normal de *ciato*. Además, hay que considerar otro aspecto, tal vez más determinante: la evolución fonética de la palabra.

En efecto, si *ciato* hubiera ingresado tempranamente en el idioma, se habrían verificado en la palabra los mismos cambios fonéticos que operaron en palabras de similar estructura morfofonémica, es decir: *ciato* > *ciádo* y, en el mejor de los casos, la evolución pudo haber llegado hasta *ciáo*, pero no a *cío*, pues las vocales tónicas —mucho menos una *a*— no desaparecen jamás porque sí.

Este capítulo no pone punto final a la historia de mis averiguaciones sobre el origen de la palabra *cío*, pero antes de seguir adelante debo confesar que hasta el presente no he logrado solucionar de una vez por todas este problema etimológico. Tal vez los datos que en seguida mencionaré puedan tener algún valor para el esclarecimiento futuro de este enigma.

La palabra *cío* no es de ninguna manera una voz usual en el español de México ni, a juzgar por algunos sondeos que he hecho con hablantes de español de otros países (España incluida), tampoco lo es en el español en general.

A decir verdad, *cío* tiene un uso muy restringido en México, aunque más o menos bien localizado: la conocen y emplean, sobre todo, los anticuarios y coleccionistas de antigüedades, las personas de "alcurnia" o de la "alta burguesía", así como el personal de restaurantes

de alta categoría, principalmente marisquerías de alto nivel. He comprobado que las personas que no entran en ninguno de los grupos mencionados —ni siquiera aquellas que entran dentro de la llamada "norma culta"— muestran total extrañeza cuando les hago oír la palabra en cuestión, a pesar de que muchas de ellas han visto y hasta usado los "cíos" en alguna ocasión.

Ahora bien, creo de importancia mencionar aquí los siguientes aspectos que pueden resultar reveladores tanto para la historia de la palabra, cuanto para la del objeto:

1. Cuando inicié la búsqueda de *cío* en los diferentes diccionarios españoles, consulté, desde luego, el *Diccionario de Mejianismos*, de Francisco J. Santamaría, en la edición que tenía más al alcance, que era la primera (México, 1959). Tiempo después cayó a mis manos la tercera edición de esa obra (México, 1978) y, como dice el refrán, "la esperanza muere al último", volví a buscar la palabra con la esperanza de verla incluida en esta edición. No la encontré en el *corpus* mismo del diccionario pero sí en su suplemento.

En efecto, ahí estaba *cío*, definida simple y llanamente como "LAVADODOS", pero acompañada del siguiente comentario:

Desconocido en casi todo Méjico lo he oído en Méjico, capital y en Puebla. Lo usa también la gente culta de Yucatán. No se conoce en otras partes de América.

Este descubrimiento, fuera de sorprenderme y de alegrarme, sólo me aportaba algunos datos nuevos, a saber, que también se conocía en Puebla y en Yu-



<sup>13</sup> *Ibid.*



catán, y, en cambio, que se desconocía en el resto del continente.

Por otra parte, me alegró también el hecho de encontrar a *cío* con la grafía que desde un principio pensé que sería la más adecuada. Asimismo, me satisfizo comprobar una vez más que el empleo de la palabra ocurre sobre todo en ambiente culto (el manejo del término por anticuarios y personal de restaurantes —aunque entre unos y otros pueda haber sin duda muchos “cultos”— se explica por razones de oficio; en esos



contextos la palabra es, por así decirlo, técnica).

2. Creo igualmente importante decir algo acerca de la aparición de los *cíos* o “lavaderos” (palabra que tampoco aparece en los diccionarios españoles) en las mesas de los banquetes elegantes de Occidente. Todos cuantos hasta ahora he visto —descartando, por razones obvias, a los modernos *cíos*, los cuales, dicho sea de paso, son por lo general simples tazoncillos de porcelana blanca— en tiendas de antigüedades, en casa

de coleccionistas y de “chachareros”, parecen datar de no más allá de los finales del siglo pasado o de principios de éste, y de manufactura sobre todo francesa.

No sé qué nombre den, por ejemplo, los alemanes, los ingleses, italianos o los portugueses a lo que aquí hemos dado en llamar “*cíos*”, pero sí sé que los franceses disponen, para el mismo objeto, del nombre muy alusivo *rinçe-doigts* (literal “enjuaga-dedos”). Interesado en saber cuándo se originó esa expresión francesa, supe que sus primeras documentaciones aparecieron sólo a principios de este siglo.<sup>14</sup>

Por otra parte, ignoto si los utensilios en cuestión eran ya utilizados en los ágapes más refinados de la antigüedad o de otras épocas, es muy posible que sí; pero lo cierto es que en tiempos más cercanos a los nuestros todo parece indicar que los *cíos* aparecieron —o reaparecieron— en las mesas occidentales durante la llamada *belle-époque*, quizás uno de los periodos en los que más se ha desarrollado el arte del *savoir-vivre*.

Ahora bien, la “bella época” coincide en México precisamente con la *Pax Porfiriana*, periodo durante el cual nos llega de “Occidente” toda clase de objetos suntuarios destinados a equipar y ornar las residencias de la aristocracia y de la burguesía mexicanas. Por lo tanto, es muy posible que los *cíos* hayan llegado a las mesas elegantes de los hogares y de los restaurantes mexicanos entre los cientos de objetos que se introducían al país en aquel entonces, de la misma manera que ahora nos llegan remesas enteras de *food-processors*, *tupperwares*, etcétera.

Pero ¿de qué manera podrían estos datos contribuir al esclarecimiento del problema? Pienso que, sobre todo, para su justa delimitación. En efecto, si, por una parte, *cío* no figura en los diccionarios de español en general, pero en cambio sí la registra uno de los mexicanismos esto significa que la palabra es propia del español que se habla en México (aunque algunas personas me aseguran

<sup>14</sup> Vid. A. Dauzal et al., *Nouveau dictionnaire étymologique et historique*, Paris, Larousse, 1971, entre otros.



ran que la han escuchado también en España). Aquí tenemos ya una primera delimitación: es muy posible que el término *cío* sea efectivamente una voz propia de nuestra habla.

Por otra parte, la historia externa de las palabras cuyo origen se pretende establecer puede aportar valiosos indicios acerca de dicho origen. En el presente caso, hemos visto que hay buenas razones para suponer que el objeto designado mediante la palabra *cío* —por lo menos en su historia más reciente— hizo su aparición en los ambientes más refinados de la Europa de finales del siglo pasado y principios de éste.

Ahora bien, aceptando que efectivamente el objeto en cuestión se introdujo en México en esas fechas, uno se preguntará: ¿por qué fue llamado *cío* y no de otra manera? De haber llegado de Francia, por ejemplo, ¿no hubiera sido normal adoptar también el nombre que el objeto ya tenía allá (*rince-doigts*), adaptándolo a la fonética española? o bien traduciendo más o menos literalmente dicho nombre, cosa que se hubiera dado sin mayores problemas: *rince-doigts* → lava-dedos → lavadedos, que es justamente la designación que prefiere Santamaría. Pero la verdad es que no se optó por ninguna de esas posibilidades en el momento de dar un nombre al objeto en cuestión. Y esto (todavía suponiendo que provino de Francia) no se dio en la práctica, en mi opinión, por dos razones principales: en primer lugar porque una adaptación del nombre francés *rince-doigts* habría dado una forma bastante extraña para los estándares léxicos del español, algo así como “ransduá”; en segundo lugar porque una traducción literal —o más o



menos literal— como “lavadedos” quizá se hubiera considerado inapropiada para designar a un objeto destinado a usos tan refinados. No hubieran producido al oído el mismo efecto estilístico expresiones como “traígame un *lavadedos*”, “aquí tiene el *lavadedos*” que “traígame un *cío*”, “aquí tiene el *cío*”. Además, “lavadedos” recuerda mucho a otro objeto de usos muy prácticos pero no tan refinados como los que desempeñan los *cíos*: *lavadero(s)*.

3. Cuando más atrás consideré brevemente la posibilidad de un parentesco entre *cío* y el asturiano *caciu*, no expuse entonces mi idea de que la palabra *cío* pudiese haber surgido del medio de la hotelería —o, para ser más preciso, de la restaurantería— y que de aquí la hayan aprendido el resto de las personas que la usan, o al menos que la conocen. Pero ¿cómo justificar esa posible relación? o, puesto en otra forma, ¿cómo llegó a infiltrarse esa voz asturiana en el español (por lo menos en el español de México)? Suponiendo que dicha infiltración se haya llevado a cabo, se me ocurre explicarla de la siguiente manera: es bien sabido que en México, como en muchos otros lugares, es común encontrar en el manejo de restaurantes a personas originarias de provincias españolas como Asturias y Galicia (en la ciudad de México, por ejemplo, los Centros Asturiano y Gallego —en su género— se cuentan entre los de mayor y más antigua tradición gastronómica). Por tal motivo, la idea de que la palabra *cío* haya salido de alguna fonda, mesón o restaurante asturiano, aquí en México o incluso en España, me parece que no es del todo descabellada. Y menos aún, pienso, si se aprovecha la semejanza fonética





entre *cío* y *caciu*; parecido que podría extenderse hasta el plano semántico. Desde luego, habría que justificar en esa confrontación el paso de *caciu* a *cío*, pues ¿dónde quedó esa sílaba *ca-*? (el paso de *-u* a *-o* sería más fácil de explicar).

A riesgo de caer en lo que Voltaire opinaba de la etimología de su tiempo, a saber, que ésta era “una ciencia donde las vocales no valen nada y las consonantes poca cosa”, me aventuraré a explicar la desaparición de la sílaba *ca-* en términos de un relajamiento y debilitamiento articulatorios (propiciados por su carácter átono) en el habla rápida, que terminaron desplazándola de la palabra.

Estas son todas las posibilidades etimológicas que hasta el momento considero que podrían eventualmente explicar —por lo menos provisoriamente— la procedencia de la palabra *cío*. Desafortunadamente debo resignarme a aceptar que no me inclino particularmente por ninguna de ellas. Lamento, eso sí, tener que desilusionar a quienes esperaban una solución definitiva de la presente cuestión. Esto no sig-

nifica, desde luego, que haya dado por terminado mi interés en el problema.

Por otra parte, es muy posible que todo cuanto hoy expuse, en mi afán de reconstruir la historia lingüística de *cío*, pase a formar parte el día de mañana de la serie de anécdotas que circulan por allí sobre dicha palabra (anécdotas que se refieren todas al “mal uso” que hacen de los *cíos* los comensales neófitos en los refinamientos de la “buena mesa”). Sin embargo, me consuela el hecho, muchas veces confirmado, de que en etimología —como en general en historia— lo anecdótico ha sido casi siempre un paso hacia lo científico. Tal vez pronto la palabra *cío* pueda ostentar con seguridad de una legítima ascendencia, la cual, ¿quién sabe?, podría confirmar mi actual sospecha de que en esa ascendencia hubo antepasados bien “nobles”.

En fin, no estuvo por demás que Varrón volviera a recordarme una palabra que hasta en mi memoria estaba cayendo en el olvido; y no es justo que las cosas pierdan sus nombres o, lo que es igual, que nosotros perdamos la memoria.

